

Sicilia, invierno

Nacho Ferrando



JdeJ Editores inicia su colección de Narrativa con Ignacio Ferrando, una de las voces emergentes más afianzadas y sugerentes de nuestra literatura actual.

Los relatos de *Sicilia, invierno*, refrendados unánimemente, son la valiosa muestra de una voz propia, distintiva y muy personal con una “escritura que roza en la perfección” y un universo donde se dan cita toda una galería de personajes únicos: un duelista que se enfrenta a su alter ego en mitad de la madrugada, un hombre que cambia su monótono trabajo para acariciar la piel de otras mujeres o una silenciosa historia de amor nacida en una estación de autobuses.

* * *

La presentación del libro *Sicilia, invierno* tendrá lugar el **jueves 19 de junio**, a las **19.00** en la sede de «Ámbito Cultural» El Corte Inglés (Serrando 52, 7ª planta). Estará a cargo del escritor **Lorenzo Silva**.



Ignacio Ferrando (Trubia, Asturias, 1972), de formación arquitecto técnico, abandonó su especialidad para dedicarse día a día —y alguna que otra noche— a la literatura.

En la actualidad es profesor de Lectura y Relato en la Escuela de Escritores de Madrid.



Publicó su primer libro, *Historias de la mediocridad*, en 2003, (Comala Ediciones) y tres años después *Ceremonias de interior* (Castalia).

Por su narrativa breve, ha obtenido los premios Hucha de Oro, NH Vargas Llosa o Fernández Lema, entre otros.

Colabora con distintas revistas dedicadas al relato breve y la literatura y trabaja como lector para varias editoriales.

Por los relatos contenidos en *Sicilia, invierno*, Ignacio Ferrando ha obtenido el último premio Juan Rulfo, el Ciudad de San Sebastián 2008, el premio de narrativa de la UNED, el José Nogales o el Ciudad de Cádiz, todos durante el 2007. Solamente la lectura de su conjunto, devuelve a esta colección de relatos el espíritu con que fueron conjurados.



ROGER LÉVY Y SUS REFLEJOS

Para David Gallego



Roger Lévy dio un paso a la derecha. Al mismo tiempo, Roger Lévy dio un paso a la izquierda. Ambos se alejaron el uno del otro dos pasos, ratificando la simetría de un reflejo y su oponente. Franz Hunt, que estaba justo en medio y haría de juez del duelo, les observó caminar en sentido contrario y, como solía hacer en los lances con pistola, buscó el refugio de un fresno a su espalda, fuera de la línea de tiro. Los duelistas, con el revólver en alto y el cañón paralelo al pecho, escucharon la cuenta de los pasos en la voz del viejo.

—Uno, dos...

Mientras contaba, Franz Hunt pensó que jamás debería haberse levantado aquella madrugada para asistir a Roger Lévy y al mismísimo diablo en un duelo de honor, aunque fueran vecinos desde hacía años y le debiera muchos, muchos favores. Pero lo cierto, pensó Hunt, es que viéndoles en el claro del bosque no sabría decir cuál de los dos era el verdadero Roger Lévy. Ambos se peinaban hacia atrás, con la raya al lado al estilo Clark Gable y ambos llevaban largas patillas y vestían camisa blanca y pantalón de lino ceñido a la entropierna. Pero quizá, tuvo que reconocer el viejo, el joven Roger Lévy de la derecha vestía con mayor pulcritud y arrogancia que el de la izquierda, cuyas botas, ahora que reparaba, no estaban del todo relucientes.

Era de madrugada y en el bosque, donde comenzaban las coníferas, reptaba una niebla diluida. En el silencio del alba solo se escuchaba el sonido de sus botas simultáneas rompiendo la escarcha de la mañana y la voz cascada del viejo contando los pasos. Hacía solo unos segundos, Roger Lévy y su reflejo —o viceversa— habían escuchado las instrucciones del duelo. En el pueblo, no había nadie que supiera más de honor que Franz Hunt. Desde 1874, guardaba en perfecto estado dos viejas Galand del calibre 41 en un estuche de terciopelo negro.

—Duelo a pistola rayada —había dicho segundos antes, abriendo el estuche—. Contaré diez pasos, darán media vuelta y tendrán dos segundos para apuntar el uno sobre el otro. Atendiendo a sus requerimientos —dijo consultando el cuaderno—, el duelo no será decretorio hasta que alguno de los dos resulte herido de muerte...

Pero ellos no escuchaban al viejo y su sarta de monsergas y normas inútiles. Ellos sabían que solo podía quedar uno de los dos y se miraban con la rivalidad de los reflejos que se piensan originales, como solo puede haber una sombra, un espíritu y un Roger Lévy. Franz Hunt, después de hacerles jurar sobre la Biblia, había sacado una venda de fieltro negro y la había anudado en los ojos de uno de ellos para que eligiera arma. Cogió la de la derecha. Después, cada cual con la suya, se habían situado espalda contra espalda, sintiéndose el uno al otro, justo en la marca que el viejo había trazado con el pie.

—¡Por el honor! —gritó el viejo.

Pero ellos no respondieron. Roger Lévy pensó que eso del honor, al fin y al cabo, era una tontería. Se trataba, como siempre, de demostrar quién era el real y quién solo un reflejo.

Ambos empezaron a caminar con una marcialidad puntillosa, rectilínea, como si Franz Hunt fuera la mismísima reina de Inglaterra.

—Tres...

Desde luego, Roger Lévy y su reflejo solo estaban de acuerdo en una cosa, en que todo había empezado la tarde del seis de abril de 1917. Esa tarde, Estados Unidos le había declarado la guerra a los alemanes. Por entonces, los dos duelistas todavía eran uno y sus recuerdos, de esa línea hacia atrás, seguían siendo los mismos, un columpio colgado de una acacia centenaria, un sapo llamado Thomas Blue y un padre que se quedó viudo nada más nacer ellos. Frank Lévy odiaba el pueblo y se jactaba, siempre que podía, de ser un patriota. Por eso, la tarde del seis de abril, a la hora del crepúsculo, le llamó aparte y le animó a enrolarse en el ejército:

—Conocerás mundo, hijo, saldrás de este pueblo maldito y harás fortuna —decía sentado en el porche, reclinado hacia detrás—. Eres listo y ellos te necesitan. Yo hubiera dado la vida por una oportunidad como esta.

Pero Roger Lévy no le hizo mucho caso. Pensaba que dejar atrás a Laurie McKenzie, a la que llevaba cortejando desde hacía dos años, no era buena idea. Ya habían hablado de matrimonio, de hijos, dos chicos y una chica y de un rancho en las afueras, colindante con el del padre. 'Doce vacas, para empezar bastará con eso', decían en el invernadero, las manos cogidas y las orquídeas por todas partes. Así que aquella tarde, mientras caminaba hacia la residencia de los McKenzie para pedirle a Laurie que de una vez por todas se casara con él, se quedó pasmado mirando el 13 de Jefferson con Main. La oficina de reclutamiento estaba atestada de jóvenes de su edad que salían abrazados, palmeándose la espalda, con el cuello lleno de guirnaldas y cintas de color. Quizá su padre no estaba tan equivocado con lo de alistarse, pensó. Y debió ser en ese momento. Fue en ese instante cuando ambos se duplicaron por primera vez. En eso, desde luego, los dos estaban de acuerdo.

—Cuatro...

Hoy le costaría recocer los motivos que le impulsaron a entrar en la oficina y rellenar el impreso. Pero por entonces parecía como si todo Weehawken quisiera ir a combatir a Europa, al frente francés, a una guerra cuyos motivos les resultaban enigmáticos, ajenos. Cuando entró en las oficinas, una voluntaria le puso una cinta sobre el cuello y le besó en la mejilla, como un héroe recién regresado de la batalla. 'Necesitamos héroes como tú', le dijo sonrojándose. Aquel fue el último pecho de mujer que sintió en mucho tiempo. Seguro que cuando regresara Laurie estaría igual de orgullosa y sabría comprender su desplante. En eso pensaba cuando el sargento del registro le preguntó su nombre y su edad y él fingió que tenía dieciocho, que los acababa de cumplir. Lo cierto es que eran dieciséis, quizá por eso el sargento le miró de arriba abajo y le recomendó que se dejara bigote.

—Parecerás mayor, muchacho...

Luego Roger Lévy salió de la oficina de reclutamiento. Seguramente, fuera ya le esperaba el otro Roger Lévy, el de la derecha. O quizá nunca se había ido de allí. Está claro que cuando alguien toma una decisión renuncia a algo, a otra vida, a una serie de hechos que dejan de pertenecerle. El problema surge cuando ese algo se toma la libertad de cobrar entidad propia y le da por pasearse por ahí como un duplicado, como un cromo tan idéntico que nadie distinguiría el original de la copia. Roger Lévy o su reflejo debía estar sentado en el parque Jefferson, contra el respaldo de un banco, mirando hacia la oficina de reclutamiento y masticando una espiga y llegando a la conclusión de que lo más importante en su vida no era una guerra lejana que no acababa de comprender, ni la gloria, ni el ejército, ni todo eso de lo que le había hablado su padre aquella mañana, sino la pequeña Laurie McKenzie, que estaría en el invernadero, como cada martes, esperando su visita. Por suerte, ninguno de los dos se cruzó con el otro. Eso hubiera sido fatal y hubiera precipitado el desenlace de ambos. Pero es casi seguro que debieron pasar a pocos metros, ignorándose como desconocidos entre la multitud, mirando al escaparate o a la atractiva muchacha de la oficina de reclutamiento. Lo último que pensó Roger Lévy antes de dirigirse al jardín de los McKenzie es que, al fin y al cabo, ni siquiera tenía la edad reglamentaria para alistarse.

Como siempre, cuando llegó, Laurie ya estaba en el invernadero y le sonrió a través de los cristales, detrás de las orquídeas. Su preferida era una que se llamaba dendrobio o algo así, que tenía las flores rojas y pequeñas y desprendía un olor mefítico, como a putrefacción. Roger Lévy, esa misma tarde, le pidió que se casaran y antes de que pudiera responder, le dijo que buscaría un rancho en las afueras, cerca del padre, 'seremos muy, muy felices los tres'. Cuando ella dijo que sí, casi con lágrimas en los ojos, cogiéndole las manos, ambos estaban frente a la cristalera del invernadero, ensimismados por la magia de la petición. Por eso no pudieron ver al otro Roger Lévy y a ocho reclutas más camino de la estación, al otro lado de la calle, alborozados y cargados con el macuto, levantado una fina nube de polvo a su paso.

—Cinco...

Laurie y Roger Lévy se casaron a los cuatro meses. Durante la ceremonia y el banquete, el padre permaneció en silencio, lanzando esputos a una escupidera de plata y bebiendo más ron del que su hígado era capaz de soportar. A las dos semanas, compraron una casa en las afueras, recién pintada de blanco y con un pequeño molino de viento al que tuvieron que reparar las aspas. Roger Lévy puso unas cuerdas de tender y Laurie no tardó en llenarlas de calzones de algodón y pantaloncitos de bebé. Tuvieron los tres hijos previstos en los años impares, matemáticamente, cosechando así una felicidad sostenida, adulta, como cualquier matrimonio de Nueva Jersey. Al mismo tiempo, de Europa llegaban largas listas de víctimas y heridos. Solía haber una relación de varias páginas prendida en el porche del almacén de Matt. Dos veces por semana, Roger, su mujer y la pequeña Isabella iban allí a comprar y, mientras rebuscaban entre los estantes de tornillos o las latas de conserva, se sentían observados por las madres, las novias o las hijas de los reclutas, como si participaran

de una felicidad arrebatada que no les correspondía. Lo de Matt, el almacenista, era distinto. Matt miraba a Laurie porque desde el colegio había estado colado por ella. Por eso solía regalarle bolas de regaliz a Isabella, solo por hablar un segundo más con la madre. Pero lo cierto, lo importante, es que la lista de muertos era cada día más y más larga. En la vieja Europa, los submarinos alemanes interceptaban a la marina y los avances por tierra eran mínimos, sobre todo en la parte suroriental donde el otro Roger Lévy, mucho más magullado y ojeroso, solía arrastrarse cuerpo a tierra, bajo las alambradas de espino y entre los sacos terreros, sintiendo la metralla enemiga levantando sordos montoncitos de tierra. Raro era el día en que el batallón no tenía bajas. Los morteros estaban por todas partes y cada cual salvaba el pellejo como podía. Los jueves, Roger Lévy escribía a su padre largas cartas en las que decía añorar la tranquilidad del rancho y a su antigua novia, la pequeña Laurie. Le preguntaba si sabía si ella seguía cultivando orquídeas en su invernadero y si aquella rara especie, cómo se llamaba, habría sobrevivido a la primavera. A veces, en la oscuridad de una guardia, Roger le confesaba a su padre que se sentía extraño, como si le faltara una parte y estuviera malgastando su vida. 'Yo no soy ni quiero ser esto', decía casi dándose asco. Las respuestas del padre solían ser breves y por supuesto nunca hacían referencia a pensamientos que pudieran implicar cobardía. Solía terminar con frases de ánimo, diciéndole cosas como que la guerra es para los hombres y que los hombres a veces tienen dudas pero nunca, jamás, tienen miedo. 'Estoy muy orgulloso de ti', eso siempre lo decía, casi al final.

A veces los alemanes bombardeaban sin razón aparente las posiciones. El refugio se estremecía como si fuera a reventar por mil sitios. Sobre las cartas que le mandaba el padre, caía un fino hilo de tierra y las luces titilaban, amenazando con apagarse. Al menos eso fue lo que pasó cuando, tres meses después, leyó que Laurie se iba a casar con un tipo del pueblo. El padre no decía con quien, pero Roger Lévy imaginó que se trataba de Matt, un almacenista del pueblo que estaba enamorado de ella desde niños. Su padre, una vez más, le animó a ser valiente, 'ahora más que nunca', escribió. Pero esa noche Roger Lévy no sintió dolor, ni lagrimeó en el hombro de ningún recluta. Fue algo extraño. Se levantó del catre y la emprendió a bayonetazos con el macuto de Lodge. Sentía ira y fuego por dentro. Solo así se explica su actitud y que se presentara voluntario para la masacre de Passendale. El sargento que anotó su nombre en la lista le dio un golpe en la espalda y le dijo que Europa necesitaba héroes como él. Pero luego, como si cambiara de opinión, bajó la voz:

—Que no te maten, muchacho. Todo acaba pasando. Hasta el dolor más insoportable.

Alguien le colgó un equipo de telegrafista a la espalda y saltó fuera de las trincheras.

—Seis...

Murieron más de sesenta mil soldados, muchos de Weehawken, pero él salió ileso. Al contrario, con otros tres tomó once kilómetros de tierra baldía y cenagosa y un general, venido de Calais para la ocasión, le colgó una medalla al mérito. Fue la

primera de muchas y de varios ascensos hasta que en junio de 1919 los alemanes se rindieron y a él le nombraron capitán y le asignaron una pensión vitalicia. Entonces se dedicó a viajar por Europa, mandando, de cuando en cuando, postales a su padre. Por entonces hacía por olvidar a Laurie en cada uno de los segundos de su vida.

Las cosas para el Roger Lévy de Weehawken no fueron tan fáciles. Había comprado una docena de cabezas de ganado y el bocio las había ido mermando hasta no dejar una. Pero lo peor, lo más doloroso, había sido que su padre había muerto sin perdonarle su cobardía, sin dirigirle siquiera la palabra por no querer combatir junto a sus vecinos en Francia. A los cuatro años de terminada la guerra, su padre sufrió un ataque de hemiplejía y falleció a los pocos días, solo en casa, con la mitad del cuerpo paralizado. A veces pasan estas cosas, pasa que hay elementos de la trama que por más que lo intentan no consiguen abstraerse a la duplicidad de los reflejos y terminan así, la mitad aquí y la otra allá. El caso es que le encontró una vecina, la señora Potter. El capitán Lévy, por entonces, disfrutaba de unos días de descanso en un balneario a las afueras de París.

—¿Sí, dígame?

La señora Potter le explicó en una conferencia.

—Por las características de la enfermedad —le dijo— es como si sonriera solo media parte de él, una comisura hacia arriba y otra hacia abajo, a medias.

Era, le siguió diciendo, como si estuviera medio riéndose medio triste, tenía un ojo abierto y otro cerrado, un ceño fruncido y el otro no. Roger Lévy le agradeció a la señora Potter lo detallado de sus explicaciones pero le dijo que no necesitaba saber más. Ahora, pensó mientras depositaba el auricular en su sitio, sí que lo he perdido todo en Weehawken.

—Siete...

Europa, sin embargo, renacía de sus cenizas.

Quizá por eso decidió pasar unos años en Baden Baden, otro en París y casi ocho meses en un hotel frente a la ópera de Milán, asistiendo a los fastuosos estrenos de *Don Giovanni* y *La Traviata*. Y en todas esas ciudades conoció a mujeres que le recordaron a Laurie, bien por sus vestidos adornados o por sus cinturas obscenamente estranguladas. Roger Lévy era un hombre atractivo, para qué desmentirlo, bien posicionado y elegante. Muchas de ellas no tardaron en mostrarse dispuestas al matrimonio. Pero en el último momento, justo cuando se decidía a pedir su mano, recordaba a Laurie y ese algo frágil dentro de él se rompía, como un cristal, obligándole a huir como había hecho por primera vez en 1917. Y siempre sentía lo mismo, como un pellizco en el alma, como si se dividiera en dos y una parte de él quisiera quedarse allí y la otra huir lejos, sin mirar atrás. En 1930, con cuarenta y dos años, Roger Lévy ni siquiera podía intuir que cada vez que renunciaba a una de aquellas mujeres, otro reflejo tomaba posesión de la mujer que abandonaba y cobraba vida propia. También es probable, a la vista de la similitud, que cualquiera de aquellos reflejos fuera el original y que el que acabó en Londres, solo y ahogado en

alcohol, fuera un destello, poco más que un relumbrón de aquel otro que había viajado a Venecia y, en ese mismo momento, besaba a su mujer bajo el Puente de los Suspiros.

Aquel Londres de 1930 bullía de clubs nocturnos, revistas y cabarets. El West End era un buen lugar para ser olvidado y olvidar, para recobrar el anonimato de las almas atormentadas que, después del recorrido, llegan a un callejón sin salida. Quizá por eso a Roger Lévy le gustaba pasar las noches en vela en uno de los locales de Red Lion Square, bebiendo bourbon con hielo y fumando una cajetilla entera de Palm Mail. Pero cuando se emborrachaba —y eso ocurría con frecuencia—, le daba por hablar de Laurie, de aquel pueblo en mitad del desierto, del nombre de las orquídeas que nunca conseguía recordar, de un sapo con el extravagante nombre de Thomas Blue y de la guerra, sobre todo de la guerra y del maldito macuto de Lodge.

En uno de los últimos números de la noche, actuaba siempre Annette Siddal. Bailaba como una serpiente, ligera de ropa y con una peluca con las puntas hacia dentro. Terminaba su actuación tumbada a lo largo del escenario, boca abajo, levantando una pierna y sonriendo al público. El local rompía entonces en una ovación etílica y exagerada y Roger Lévy aprovechaba para intercambiar con ella alguna que otra mirada.

—Ocho...

Un día partió por la mitad un billete de veinte libras y se lo dio al camarero. Ella vino al rato, agitando su mitad como una banderita de bienvenida. Llevaba un vestido verde hasta los talones y le dijo:

—Ya lo sabe. Vengo por la otra mitad.

Su pelo real era más corto, rebelde y se le ensortijaba en los costados, pero desde el principio le recordó al de Laurie McKenzie cuando en 1917 le sonreía en el invernadero y le señalaba alguno de los tiestos. La primera conversación entre ellos fue un tanto insólita porque él no dijo nada y ella, como si le conociera de toda la vida, no paró de hablarle sobre sus sueños. Dijo que los apuntaba todos en un libro y que tarde o temprano, no sabía cuándo, acabaría realizándolos uno a uno, todos por orden.

—¿Y cuál es su sueño ahora? —preguntó Roger por preguntar.

—En este sitio —dijo mirando alrededor— nunca tengo sueños.

Roger pensó en Laurie antes de añadir:

—Yo tengo uno... pero me temo que a estas alturas ya resulta imposible.

Ella hizo una pausa y cogió una de sus manos.

—Solo tiene que intentarlo —dijo sonriendo—. Nunca se sabe.

Pero Roger Lévy no se molestó en desmentir la confusión de la chica y desde aquella noche empezó a esperarla a la salida del club. Ambos caminaban por los Docks bajo las farolas del muelle, demorando los pasos, como si temieran llegar a la

buhardilla de Annette en Picadilly. A veces, Roger Lévy, cogiéndola de la cintura, le decía cosas extrañas.

—¿Le gustan a usted las orquídeas? —le preguntó una noche, mirando las arañas del puerto.

—¿Acaso pensaba regalarme alguna? —le respondió ella jugueteando con su camisa.

Esa fue la noche en que ella le invitó a subir cuando llegaron al portal. Entonces se hizo el silencio. Roger Lévy conocía de sobra esa sensación y la necesidad repentina de huir. Al final, después de mucho pensarlo, improvisó una excusa y salió corriendo, camino de su pequeño apartamento. Se tiró sobre la cama y estuvo un rato bebiendo whisky y entonces, por primera vez, se levantó tambaleándose y decidió que no huiría, que esta vez Annette sería suya, suyas sus piernas, suyo su coqueteo absurdo y desleal, suya aunque tuviera que vivir en una buhardilla infecta, aferrarse a la última opción aunque lo perdiera todo, aunque renunciara a sí mismo y a su honor. Esa vida, pensó levantándose de la cama, *tiene que ser mía*. Se vistió y aunque eran más de las doce salió de casa. Cuando subió los siete pisos y llegó a la buhardilla, todavía resollando, Annette le abrió en bata, con una copa de vino en la mano y apoyada en el quicio. Sus pechos se esculpían como dos arcos vibrantes bajo la seda de la bata y una de sus piernas sobresalía arqueándose contra el marco. Nada más verle en el felpudo, los ojos de Annette se abrieron como si no diera crédito y estuviera viendo un fantasma. La copa en su mano resbaló haciéndose añicos.

—¿Tú?

Desde luego, pensó Roger Lévy, no le esperaba.

Y antes de que ella pudiera reaccionar, un Roger Lévy engañado y enfurecido, incapaz de razonar, la empujó hacia atrás y entró en el cuarto.

—¿Quién está aquí contigo?

Fue la primera vez que se encontró cara a cara con uno de sus reflejos, durmiendo satisfecho, con el embozo hasta la mitad del cuerpo.

—Nueve...

Franz Hunt se ocultó detrás del fresno y Roger Lévy pensó que él iba a ganar, que él era el único y que el otro, a la fuerza, tenía que ser una ilusión. Por qué dudar. Pero su reflejo pensó lo mismo o quizá no era su reflejo y era el original y al fin y al cabo sintió que su dedo resbalaba por la empuñadura de madera y apretaba un poco, apenas un milímetro el gatillo. Y entonces se le ocurrió. ¿Por qué no darse la vuelta y disparar antes de tiempo? Una vez muerto su reflejo, qué podía pasar, quién podía acusarle de matar a una alucinación. Le pagaría unos billetes al viejo para comprar su honor y su silencio y Laurie y él vivirían tranquilos el resto de sus días. Roger Lévy o su reflejo, a casi diez metros de distancia, pensó lo mismo, que el honor, aunque fuera el de un militar que se había pasado la vida cosechándolo, tampoco

tenía tanta importancia. También sintió la necesidad de terminar con la farsa. Pero tampoco lo hizo.

Aquella noche, Roger Lévy asfixió a Roger Lévy con la almohada bajo la mirada de Annette que gimoteaba en una esquina, sin comprender la duplicidad de un reflejo y su original. Roger Lévy sintió el cuerpo de su adversario contrayéndose entre las piernas, intentando escapar. Pero Roger Lévy apretaba más y más fuerte y Roger Lévy se fue quedando quieto, inalterable, ya cadáver bajo las sábanas. Fue la primera vez que sintió la legítima necesidad de prevalecer sobre su reflejo y sintió el placer de recuperar su originalidad. Y entonces, de alguna manera, también entendió que cada vez que había escapado de Laurie o del recuerdo de Laurie o de aquellas mujeres que se le parecían tanto en Baden Baden, Milán o París, se había ido duplicando, sembrando el mundo de reflejos como él, que disfrutaban de una vida que le habían arrebatado. Por eso visitó de nuevo todos aquellos lugares, desanduvo el camino y, uno por uno, acabó con la vida de todos ellos, escondido detrás de la cortina en el palco de la ópera, en una de las tinas de barro del balneario, en Les Deux Magots oculto tras los castaños de Saint-Germain-des-Prés. Pero ese sentimiento de unicidad se agudizó la tarde que llegó a Weehawken, tres años después y tuvo la certeza de que Laurie no se había casado con Matt, ni despachaba tornillos en una ferretería, sino que su reflejo de allí se la había arrebatado. Estaba cansado y muy, muy furioso. Sabía que aquel de Weehawken, por fin, sería el último.

Por eso, nada más desembarcar, se dirigió hacia el rancho de su padre y justo entonces, al principio de la empalizada, le vio cortando unos leños, sudado e idéntico a él. Por su parte Roger Lévy, esa mañana, se había levantado incapaz de conciliar el sueño. A veces, cuando no podía dormir y su padre se le aparecía en sueños con una mitad paralizada, cogía su hacha y la emprendía con el primer tronco que encontraba hasta convertirlo en astillas. Supongo que entre un reflejo y su oponente, igual que entre dos mellizos, se establece un lenguaje silencioso, telepático, que prescinde de las palabras.

—Y diez.

Y Roger Lévy y su reflejo se dieron la vuelta. Uno por la derecha y el otro por la izquierda y uno de ellos se quedó agarrotado, pensando en Laurie, en los hijos que tuvieron y en los que no, en el tiempo transcurrido desde 1917 y después de apuntar al pecho de su contrincante, el otro recordó el nombre, por fin, dendrobio, y justo a la vez le vino una imagen femenina entre la bruma del Támesis, el bullicio de la ópera de Milán y una explosión demasiado cerca, muy caliente, granizada de metralla, un sapo saltando de un bote de confitura abierto, el número musical de Annette y el viejo Frank Lévy sonriendo a medias entre el público de Red Lion Square. Apretó el gatillo sin demasiada convicción, sin saber muy bien a dónde apuntaba y sintió el retroceso del arma y una cuerda llena de ropa limpia y blanca que se llenó de un vómito de sangre y Matt se giró sonriendo desde la escalerilla, subido a los estantes de conservas y el macuto de Lodge y las guirnaldas y la pequeña Isabelle, un olor como a pólvora y azufre y Roger Lévy o viceversa, justo enfrente, escuchó la detonación y vio que del arma del otro salía una llamita, un hilo de resplandor, hubo gritos y aplausos

cada vez que Annette actuaba, un impacto sordo en la camisa y una copa de vino cayendo a cámara lenta, una mancha escarlata de vidrio roto extendiéndose por la camisa y al final, como una flojera de piernas y todo, absolutamente todo, borrándose como una ilusión.

Las dos pistolas cayeron al suelo. Cuando por fin Franz Hunt salió de detrás del fresno, les vio caer idénticos, con los brazos en alto y la simetría atónita de los reflejos cuando se extingue su original.

Premio de Narración Breve UNED 2007

© Ignacio Ferrando

© JdeJ Editores